

# DERRUMBO EGIPTO

## DO POR IMER DIA

### riencia de las judías

mitente de una sirena estremeció el  
manso del Nilo, la erguida silueta  
orme de la televisión. "Evidente-

ma aé-  
alle. En  
a bom-  
media-  
confu-  
venian  
ovillistas  
al clá-  
aban, a  
in poco

instalaciones de la radio cairota  
y nada parecía indicar que ahora  
no sufriese la misma suerte la  
central televisiva.

Pero, en fin, especulaciones de  
esta clase no podían inquietar-  
me demasiado, así que, como  
digo, me encaminé hacia el Club  
de Prensa. Desgraciadamente,  
apenas habíamos rodado unos  
metros, cuando, una vez más,  
se escuchó la sirena, y mi au-  
tomóvil, obedeciendo a las con-  
signas difundidas para casos  
de ataque aéreo, se detuvo. La  
gente procuraba refugiarse en  
los zaguanes y corría hacia los  
arcos protectores de un puente.

Como ahora las explosiones so-  
naban muy lejos, conseguí, tras  
deslizar un billete de una libra  
en la mano del taxista, que con-  
tinuase la marcha. Mi carnet de  
informador acreditado en El Cai-  
ro y una bandera española que  
enarbolaba, nos permitieron ir  
franqueando todos los puestos po-  
licíacos hasta llegar al objetivo.

y.  
ia, con-  
y darle  
el Club  
e que lo  
un sitio  
o de la  
os avio-  
aron las



Tropas en las calles camino de sus posiciones. La guerra acaba de estallar



so al automóvil del embajador del Senegal al concluir una alarma  
I Cairo sufrió varios bombardeos diurnos y nocturno

El Club de Prensa se hallaba  
abarroto. «¿Qué sabéis?, ¿cómo  
ha comenzado la guerra?, ¿quién  
ha sido el agresor?». Las pregun-

tas llovían a ritmo de ráfaga de  
ametralladora, y los teletipos ofi-  
ciales, al igual que los portavo-  
ces del departamento de Infor-  
mación egipcio, se columpiaban  
aún en la sobriedad explicativa.

La posibilidad de encontrarnos  
ante un trance peligroso de gue-  
rra nos aconsejó a los periodistas  
españoles a hacer acto de pre-  
senca en nuestra Embajada. A  
bordo de un taxi nos dirigimos  
hacia ella los enviados especia-  
les de «La Vanguardia», de la  
agencia «Pyresa» y quien esto es-  
cribe. En la calle, la gente co-  
reaba con gritos y aplausos los  
comunicados que retransmitían  
los aparatos de radio. «Mabruk,  
mabruk», comentaban satisfechos.

Apenas el taxi había entra-  
do en el aristocrático barrio de  
Zamalek, cuando un rugido de  
aviones se dejó escuchar. Yo  
lo vi de inmediato volando en  
formación cerrada, bastante al-  
tos, y creí que eran egipcios.  
También lo creyó la multitud,  
que les vitoreaba y aplaudía.

De pronto, un rosario de gra-  
nadas estalló en el azul, persi-  
guiendo a los aparatos, que se  
perdieron en un santiamén tras  
los tejados. Una lluvia de peque-  
ños, pero peligrosísimos fragmen-  
tos de metralla, aún caliente, fue-  
ron a estrellarse contra el cemen-  
to de la calzada, casi a nuestros  
pies.

Después de charlar con el em-  
bajador, don Angel Sagaz, re-  
gresé al tajo informativo con la  
suficiente suerte como para con-  
templar perfectamente cómo un  
«Mirage» israelita, en vuelo soli-  
tario, era alcanzado por un pro-  
yectil de la DCA y se deshacía  
dejando por breves momentos en  
el aire un turbión de humo ne-  
gro.

## NOSOTROS Y LOS «DEMÁS»

La noche del 5 de mayo cayó  
pesadamente. En El Cairo no bri-  
llaba ni una sola luz, como no  
fueran los tenues resplandores de  
los faros de los automóviles cu-

biertos de una espesa capa de  
pintura azul. La radio seguía so-  
nando estridente, pero la tele-  
visión había cancelado sus pro-  
gramas. En el comedor del hotel,  
bajo el resplandor incierto de  
unos pocos cabos de vela, la ma-

Entre estos «demás» estaban los  
últimos funcionarios ingleses y  
americanos en vías de evacuación,  
algunas personas extranjeras ad-  
critas a la administración egip-  
cia, varios turistas sorprendidos  
por la crisis, en Assuan o en Lu-



Una larga línea de tanques, camiones, jeeps y artillería egipcios,  
destruidos durante la batalla sostenida entre egipcios y los israeli-  
tas en el desierto de Sinaí.

yor parte de los comensales se  
miraban en silencio. Los perio-  
distas recordaban otras guerras,  
otros bombardeos, otras expe-  
riencias del estilo. Eran los úni-  
cos en hablar desenfadadamente.  
En cuanto a los demás...

xor, y que aún no habían con-  
seguido su billete de partida. Pa-  
ra ellos todo era dramático, ter-  
rible, incommensurable. Debían la  
impresión, realmente, de ser ra-  
tas caídas entre las zarpas de un  
gato feroz y hambriento.